

UN ALDEANO EN LA CIUDAD LETRADA (MEMORIAS DE ESTUDIOS HISPÁNICOS)¹

*Ramón Luis Acevedo Marrero, Ph. D.
Catedrático
Departamento de Estudios Hispánicos
Universidad de Puerto Rico*

Originalmente, cuando se me pidió que hablara sobre el Departamento de Estudios Hispánicos, al cual he estado ligado, como estudiante y profesor, por casi medio siglo, pensé hablar sobre la fundación, la historia del Departamento, y sobre las grandes figuras que han sido parte de su facultad, como don Federico de Onís, Antonio S. Pedreira, Concha Meléndez, Ángel Rama, Margot Arce, Gabriela Mistral, Mario Vargas Llosa, Tomás Navarro Tomás, Enrique Laguerre y tantos otros. También pensé en la aportación fundamental que profesores y estudiantes han hecho al campo de la investigación literaria y lingüística con sus miles de libros, artículos y tesis doctorales; y en el servicio ofrecido a otras facultades como la Facultad de Educación y la Facultad de Comunicación Pública. Por otro lado, quería destacar la posición digna y vertical que colectiva e individualmente ha emanado desde aquí en la defensa del idioma y en otras luchas que por su dignidad ha dado el pueblo puertorriqueño. En fin, pensé en destacar la contribución que históricamente ha hecho nuestro Departamento a la sociedad puertorriqueña y al mundo hispánico. Sin embargo, también pensé que hay otros profesores, como el Dr. Juan Gelpí, que pueden hacer esto mejor que

¹ Ponencia leída en el noventa aniversario de la fundación del Departamento de Estudios Hispánicos, 1927-2017.

yo porque han realizado y realizan investigaciones sistemáticas sobre estos temas.

Lo que sí puedo hacer mejor que nadie más es dar testimonio personal de lo que el Departamento ha sido y ha significado para mí como profesor y estudiante. En esto sé que en muchas cosas voy a coincidir con mis colegas, pero mis vivencias son personales y se dan desde una perspectiva única porque todos y cada uno de nosotros tiene una perspectiva única frente al mundo. La mía es la de un aldeano en la ciudad letrada, un muchacho de un pequeño pueblo del interior de la isla, proveniente de la modesta clase media pueblerina, que ha vivido el Departamento como estudiante de bachillerato, estudiante graduado y profesor que ha pasado por todos los rangos habidos y por haber: Ayudante de Cátedra, Instructor Auxiliar, Instructor, Catedrático Auxiliar, Catedrático Asociado y Catedrático. A esto puedo sumar los cargos administrativos: Ayudante del Director, Coordinador del Programa Graduado, Director del Departamento, Decano Asociado a Cargo de Asuntos Académicos de la Facultad de Humanidades y Director de la *Revista de Estudios Hispánicos*, el cargo que desempeñé con más gusto durante quince años.

Este proyecto que asumo aquí implica algo que para mí no es muy cómodo: hablar en público sobre mí mismo. Como dicen en Guatemala, país al que me unen muchos lazos profesionales y de afecto, “me da pena”, es decir vergüenza, hablar de mí mismo porque, lógicamente diré cosas buenas de “mí mismo” y puede pensarse que caigo en la inmodestia. El otro peligro es caer en la falsa modestia. Me excuso de antemano. Trataré de evitar ambas cosas, asumiré el riesgo y juro decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. (Bueno, no toda; nunca hay tiempo para eso.)

Primero diré que soy y sigo siendo un aldeano, lo cual tiene, como todo, sus ventajas y desventajas. Aclaremos que aldeano no es sinónimo de provinciano. Se puede contemplar el mundo desde la aldea, lo cual implica una visión marginal y crítica y la afirmación de unos valores estimables, a veces no muy estimados en la gran ciudad.

Otra advertencia. Se hace bastante difícil descartar como meramente nostálgica y enajenada la vieja noción de que “cualquier tiempo pasado fue mejor”. La actualidad y la historia reciente de nuestro país

y del mundo nos llevan a pensar que el pasado no fue tan malo y que los tiempos, ciertamente difíciles también de las décadas del sesenta hasta el noventa fueron una especie de Edad de Oro. Hace rato que descartamos el metarrelato optimista del progreso continuo e inevitable, producto del racionalismo ilustrado del siglo XVIII y XIX. La historia no sigue un proceso de progresivo mejoramiento de la humanidad y tal vez no tenga ninguna dirección específica. Además, cabría preguntarse, ¿progreso para quién y retroceso para quién? La economía de la crisis —aplicada, por cierto, injusta e imprudentemente a la Universidad— perjudica a la gran mayoría —estudiantes, profesores y trabajadores—, pero beneficia enormemente a un pequeño grupo. ¿Acaso no estamos tratando desesperadamente de ahorrar para pagarle a los bonistas multimillonarios y poder seguir cogiéndoles prestado? Eso es otro tema, pero nos recuerda que debemos evitar el fetichismo del cambio. Ciertamente las cosas no están bien y debemos cambiar, pero a veces es peor el remedio que la enfermedad, como dicen en mi pueblo; sobre todo en el caso de nuestra Universidad y cuando privan los criterios económicos y financieros sobre los pedagógicos y académicos.

Estoy a favor de los cambios, pero cambios verdaderos, radicales y beneficiosos para las mayorías; no cambios cosméticos, de pura imagen, que solo sirven para ocultar los cambios desastrosos e injustificables. La universidad debe ser gratuita, como la escuela superior, subvencionada por nosotros los contribuyentes a través del estado. Así lo es en México, Cuba, Venezuela y en muchos otros países latinoamericanos que cuentan con menos presupuesto que el nuestro y no han tenido los recursos que hemos tenido nosotros. Su administración se debe regir por principios democráticos, verdaderamente participativos y no por la política partidista. Esto sería un gran cambio.

Pero vamos al grano de nuestro testimonio sobre el Departamento de Estudios Hispánicos.

Nací nada menos que en El Condado, en el Hospital Presbiteriano, pero me procrearon en mi pequeño pueblo Corozal, donde nacieron mis padres. Allí me llevaron cuando tenía algunos cinco días de nacido y allí he vivido la mayor parte de mi vida. Hay excepciones a esta regla. Cuando niño viví tres años en una base de la fuerza aérea en

el estado de Washington, en las “Rocky Mountains”, con temperaturas bajo cero buena parte del invierno. Allí aprendí inglés a la fuerza porque no había hispanos y mucho menos programas bilingües. El español lo mantuve intacto porque mi mamá era maestra y se encargó de enseñarme en la casa. Luego viví dos años en Staten Island, Nueva York. Aquí la experiencia fue menos dura. El resto de mi vida la he pasado en mi pueblo, salvo los cuatro felices años de bachillerato que estudié en Río Piedras y que viví en la Calle Madrid 998 con pupilos de mi pueblo, de Naranjito y de Arecibo.

Provengo de una familia de maestras y descubrí pronto mi vocación. Mis dos abuelas, Panchita y Edelmira, fueron de aquellas maestras rurales que con el diploma de Escuela Superior y algunos cursos adicionales iban a caballo a enseñarles a los jibaritos descalzos a leer y a escribir, a restar y a sumar; de aquellas maestras que cruzaban los ríos crecidos o tenían que pasar la noche en la escuelita de madera y zinc, si llovía demasiado. Aquellas, por cierto, que Pedreira criticaba en *Insularismo* porque, según él, feminizaban demasiado la educación pública. Ambas quedaron viudas y tuvieron que criar sus hijos con los raquíuticos sueldos que recibían. Mi madre también fue maestra normalista de escuela elemental; luego, siempre trabajando, terminó su bachillerato y su maestría en educación. Fue maestra de español y consejera vocacional. Hubo un momento que coincidimos como estudiantes de verano en la universidad. Viajábamos con otros tres estudiantes de Corozal en el mismo carrito. (Después me enteré de que esto se llamaba “car pool”.) Mi hija también es maestra, cuarta generación, profesora de Biología en Arecibo, graduada de la Universidad de Cornell, y le encanta su trabajo. Ahora me pongo a pensar que entre mis dos abuelas, mi mamá, y mi hija abarcamos un siglo de enseñanza, siempre pública, en Puerto Rico. Desde niño estoy acostumbrado al libro, la libreta, la tiza, el borrador y la famosa libreta de planes.

Dicho sea de paso, como muchos aldeanos de mi generación, soy producto de la educación pública, al igual que mis dos abuelas y mi hija. Tuve excelentes y muy dedicados maestros. (Hace poco leí en la prensa que la Escuela Superior Emilio Delgado de mi pueblo es la cuarta mejor escuela pública de Puerto Rico. Ojalá y no la cierren.)

Como ya dije, me crié mayormente en mi pueblo, una pequeña aldea durante mi infancia, prácticamente en la zona rural, en el campo. Detrás de mi casa comenzaba el monte: los mogotes del Barrio Abrás que colinda con Vega Alta. Mis pasatiempos favoritos eran explorar las montañas, cazar palomas turcas, pescar guábaras y chimbos, bañarme sin permiso en los ríos y quebradas y recoger lerenes y cundiamores. A veces acampábamos y cocinábamos con leña sobre tres piedras. Fui Boy Scout, Tropa 52. Nuestro Scout Master, Mr. Porfirio Cruz, era nuestro maestro de matemáticas, un negro alto y grande que venía de San Juan y que se ganó el respeto y el cariño de todos nosotros.

En mi casa yo era el mayor. Le llevaba 5 años a mi hermana y ocho a mi hermano. Me crié con los muchachos y muchachas del barrio que eran de mi edad y alcance a jugar muchos juegos infantiles que organizábamos nosotros mismos bajo la luz de un poste alumbrado. Aún recuerdo todas las canciones que los acompañaban, algunas de las cuales, luego me enteré, ya eran centenarias. Además desde pequeño desarrollé el vicio de la lectura en español y en inglés. Aún conservo libros de mi infancia que tienen más de medio siglo.

Así, con los zapatos llenos de barro “colorao” y el cadillo pegado al ruedo del pantalón, llegué a la Universidad de Puerto Rico y al Departamento de Estudios Hispánicos. Tenía una ventaja: me encantaba leer, pero también me gustaba bailar, tocar guitarra, cantar, ir al cine y admirar a las muchachas de lejitos porque era tímido. Mis primeras impresiones de la vida estudiantil universitaria las presento en un cuento que escribí hace algún tiempo y que se titula “Rompiendo el cascarón”.

Entré por la Facultad de Ciencias Sociales para estudiar economía por presiones de mis padres que pensaban que allí habría algún dinero. Yo quería estudiar humanidades, pero me decían que era la ruta hacia morirme de hambre. Aprobé la economía básica con A, pero solo me gustaba el aspecto teórico, no el práctico que implica muchas fórmulas matemáticas y gráficas de todo tipo. Aún es así, decidí entonces arriesgarme a morirme de hambre y estudiar lo que más me gustaba. Siempre terminé los treinta créditos del Bachillerato General en Ciencias Sociales, pero me trasladé a Humanidades. También

tomé créditos en pedagogía conducentes a la licencia de maestro. Me gradué de Bachillerato con más de 170 créditos.

Había tenido muy buenos maestros y maestras de español en la escuela pública y tuve una excelente profesora de español básico, Ana María Losada, una viejecita que se emocionaba tanto analizando los poemas que se quedaba sin aliento. La literatura me deslumbró y decidí ingresar al Departamento de Estudios Hispánicos, departamento de mucha tradición y prestigio, vinculado a grandes figuras y a la defensa del español en Puerto Rico.

Me ofrecieron admisión al programa de honor, pero no quise entrar. Había tenido una mala experiencia con una profesora española del curso de humanidades de honor. Nada personal, pero decidí que para este aldeano era mejor y más formativo aprovechar, sin presiones excesivas, toda la amplia gama de ofertas culturales que la Universidad y la gran ciudad me ofrecían: conciertos en el Teatro y en el Centro de Estudiantes, obras de teatro en el Tapia, cine internacional en el Teatro Paradise con reseñas del Prof. Esteban Tollinchi, conferencias de todo tipo, exposiciones en el Museo de la Universidad y también juegos de pelota profesional en Caguas y San Juan, bailes en el Centro de Estudiantes y en los predios de la Bacardí en Cataño, sin olvidar la Biblioteca de Fillo, un bar situado cerca de la plaza de mercado, donde se reunían los poetas, filósofos y cantautores en ciernes.

La vida estudiantil era más gregaria e intensa que ahora. Había un solo colegio regional, muchos estudiantes hospedados en Río Piedras y círculos universitarios de los estudiantes de distintos pueblos que se reunían en el Centro de Estudiantes y planificaban reuniones sociales y giras a la playa, al cine y al teatro. Fui miembro fundador del Círculo Universitario Corozaleño e inmediatamente propuse que publicáramos una revista que se llamó *Guásima* y de la cual salieron dos números bajo mi dirección. Allí publiqué mis primeros textos, uno de ellos sobre el poeta y periodista corozaleño, recién fallecido entonces, Emilio Delgado. Al rescate de su obra he dedicado muchos esfuerzos desde entonces. Después que me gradué, fundé y dirigí *Corozo* en mi pueblo. De ella salieron 18 números durante más de diez años.

Pero volvamos al Departamento de Estudios Hispánicos. Mi traslado a la Facultad de Humanidades fue a mitad del segundo año y eso

motivó que yo tomara clases con muchos profesores, ya que tomaba un semestre con uno y la continuación con otro. A todos mis profesores tengo que agradecerles el amor a la literatura y a la lengua española que me fortalecieron. Fueron muchos y trataré de recordar algunos y algo de la huella que dejaron en mi memoria. En literatura española estudié con Daisy Caraballo, de hablar gracioso porque ceceaba; doña Julita Córdoba, quien nos hablaba mucho sobre sus experiencias en España; y el imponente profesor don Pablo García Díaz, muy serio, muy solemne, con voz de trueno, siempre de pie caminando de un lado al otro del salón. Con su facha de hidalgo antiguo nos hablaba de Garcilaso y Lope de Vega, de Cervantes y San Juan de la Cruz, de Góngora y Quevedo. Hacía de vez en cuando preguntas y regañaba al que contestaba mal. Si contestábamos bien, seguía su clase sin hacer comentarios. Era muy buen expositor. Inspiraba mucho respeto y en algunos hasta temor. Por eso me sorprendí cuando el primer año que di clases como humilde Ayudante de Cátedra me dijeron que me estaba buscando y que fuera a su oficina. ¿Para qué me buscaba don Pablo? ¿Qué había hecho mal? Me acerqué a la oficina. “Pasé, Acevedo, pase”, me dijo tan pronto me vio. Muy serio y poniendo su mano derecha sobre una pequeña estiba de libros me dijo. “Estaba revisando mis libros y quería saber si le interesaba alguno de estos. Puede llevarse los que quiera.” Me sentí aliviado y muy honrado. Era su manera austera y lacónica de decirme que me apreciaba como estudiante y que me quería ayudar. Acepté inmediatamente todos los libros y le agradecí con emoción contenida su gesto.

El curso de literatura puertorriqueña lo tomé con Angelina Morfi, actriz, profesora entusiasta y gran investigadora, según pude constatar después. Su monumental obra *Cien años de teatro puertorriqueño*, basada en su tesis doctoral, sigue siendo lectura obligada, así como su libro sobre *La resaca* de Enrique Laguerre. También pude comprobar después su alegre compañerismo y su cariñosa cordialidad como colega. En el segundo semestre fue mi profesor el poeta atalayista e integralista de Lares don Luis Hernández Aquino, autor también de otra obra de referencia imprescindible: *Nuestra aventura literaria*, sobre el vanguardismo en Puerto Rico. Don Luis, hombre de vasta cultura que de primera intención no se notaba, fue siempre, hasta en la

manera de hablar, un hombre del campo enamorado de su tierra. Ya como profesor bisoño y miembro del Comité de la Fiesta de la Lengua, tuve la oportunidad de visitarlo en su finquita del barrio Cerro Gordo de Bayamón. Lo invitamos a participar de un rencuentro de poetas atalayistas –actividad inolvidable—junto a Clemente Soto Vélez y Fernando González Alberti. Todos salimos con un pequeño cargamento de plátanos, panapenes, chinas y guineos.

La lingüística la tomé con el Dr. Eliezer Narváez, discípulo de don Rubén del Rosario y autor de un libro sobre los tainismos en la lengua inglesa, especialmente en Shakespeare. Con el propio don Rubén, pilar de los estudios lingüísticos sobre el español de Puerto Rico, tomé el curso de investigación del bachillerato, requisito que culminaba en la presentación de una tesina. Lo recuerdo por su pelo blanco, su nariz perfilada y su eterna sonrisa que a veces encerraba una sutil ironía. Nos dividió en dos grupos –lingüistas y literatos—y comenzó por enseñarnos los fundamentos de la investigación: cómo seleccionar los temas, cómo hacer fichas bibliográficas, tomar notas e identificar y localizar las fuentes, y como organizar y redactar una buena exposición. Era muy respetuoso con nuestros enfoques e intereses. Gracias a su orientación y estímulo le presenté un trabajo titulado “El cuento del emigrante puertorriqueño” que algunos años después, con leves retoques, se publicó en la revista *La Torre*.

En cuanto a la literatura hispanoamericana, que es mi fuerte y ha sido mi pasión, con la puertorriqueña siempre incluida, tuve el privilegio de tomarla con el Dr. Luis de Arrigoitia, discípulo de Concha Meléndez y Margot Arce. Aunque un poco temperamental, era un excelente profesor. Sabía muchísimo, preparaba cuidadosamente sus clases y nos transmitía muy bien su contagiosa admiración por el Inca Garcilaso, Sor Juana, Sarmiento, José Hernández, Martí, Rubén Darío, Neruda y todos los autores y obras que enseñaba. Las condiciones no eran las mejores; la clase era una sección doble de algunos 70 estudiantes apiñados en un pequeño anfiteatro. Aun así admitía preguntas y había discusiones en clase. Recuerdo que me sentaba en la parte de atrás, al lado de Olga Nolla. Su prima, Rosario Ferré, también tomaba la clase. Yo era tímido y apenas participaba, aunque hacía buenos exámenes. Cuando me gradué me sorprendió que se me

otorgara la *Medalla José Martí* como mejor estudiante de literatura hispanoamericana. Creo que el Prof. Arrigoitia tuvo algo que ver con eso.

Mis profesores, pertenecientes a la Generación del Treinta, como don Rubén, don Luis Hernández Aquino y más tarde don Enrique Laguerre y doña Margot Arce de Vázquez; o sus discípulos, como el Prof. Arrigoitia y más tarde los profesores Mariano Feliciano, Ángel Luis Morales y Benjamín Martínez, tenían mucho en común. Habían estudiado en Puerto Rico, pero sus doctorados los habían hecho en España. Eran maestros de vocación que tomaban el magisterio como su misión en la vida. Amaban y defendían la lengua española y la cultura del mundo hispánico. Sentían que era un privilegio enseñar en el Departamento de Estudios Hispánicos. Se esmeraban por merecer ese privilegio, por mantener el prestigio bien ganado de nuestra institución y ampliar los horizontes de sus estudiantes. Se habían formado en la vieja, pero siempre vigente filología hispánica, la estilística y el formalismo angloamericano. Con esta base se nos hacía más fácil entender y manejar otras tendencias críticas y teóricas emergentes en Puerto Rico como el estructuralismo y la sociología de la literatura. Nuestros profesores manejaban la crítica con rigor, inteligencia y sensibilidad y en esto nos daban lecciones siempre aplicables. Además, ponían especial cuidado en la claridad y la elegancia de la exposición, cualidades que faltan en cierta crítica actual.

Me inicié como profesor del Departamento de una manera que aún no me explico del todo. Al graduarme de bachillerato me fui a trabajar como maestro en una escuela rural del mi pueblo. No tenía dinero para continuar estudios graduados regulares. Allí hacía de bibliotecario, maestro de español, y representante del director en algunas reuniones. Además, dirigía un equipo de baloncesto y, como sabía unos cuantos tonos en la guitarra, también organicé y dirigí una tuna estudiantil. Para seguir como se pudiera la maestría, me matriculé en un curso sabatino de literatura antillana que ofrecía don Enrique Laguerre, impresionado y orgulloso por tomar un curso con uno de los grandes novelistas puertorriqueños. (Posteriormente, cuando aceptó la dirección del Departamento, fui su ayudante y establecimos una buena amistad.)

Después de un año de trabajar en una escuela pública rural, un buen día en el mes de agosto, cuando ya había comenzado el semestre, me llamaron del Departamento para ofrecerme que enseñara dos clases como Ayudante de Cátedra. Yo no había solicitado y el programa era nuevo. Aunque iba a ganar menos, acepté porque me daba la oportunidad de estudiar en la semana. No lo podía creer. Para mí era una gran distinción dar clases de géneros literarios y literatura española nada menos que en el Departamento de Estudios Hispánicos. Aun no sé exactamente quién o quiénes me recomendaron, pero el nombramiento lo sentí como un acto de reconocimiento y confianza. Acababa de cumplir 23 años, me compré una chaqueta negra con cuadritos verdes, traté de dejarme crecer el bigote y me conseguí unos espejuelos sin aumento. Muchos años más tarde me enteré de que mis colegas me decían “el nene”.

Yo creo que me adoptaron porque me ofrecieron mucha ayuda. Dirigía el Departamento, ya muy enfermo, el Dr. Jorge Luis Porras Cruz, graduado de la UNAM. Su ayudante era el joven Arcadio Díaz Quiñones, quien me sugirió que asistiera a uno de sus cursos de literatura española como parte de su orientación. Acepté y agradecí su oferta. También me orientó la Dra. Conchita Cuevas, con quien me reunía cada dos semanas para platicar sobre mis cursos y aclarar mis dudas. Otro de los Ayudantes de Cátedra era Efraín Barradas, con quien hice una amistad que perdura hasta hoy. Nuestros contratos eran solo de agosto a mayo, pero recuerdo que el Departamento nos pagó por asistir en el verano a dos talleres sobre procesos de evaluación y métodos de enseñanza a cargo del Dr. Mariano Feliciano y de un especialista norteamericano. Para aquel departamento nuestra principal función estaba en el salón de clases y el proceso de enseñanza-aprendizaje era esencial. Los vínculos con la Facultad de Pedagogía eran muy estrechos.

A nivel graduado tuve también excelentes maestros, no solo por su conocimiento y su capacidad para transmitirlos, sino también por su calidad humana. Me identifiqué mucho con Laguerre, aldeano como yo, de Moca, quien siempre enseñaba los sábados porque él había estudiado los sábados y los veranos, ya que trabajaba como maestro durante la semana. Laguerre nos dio a conocer las riquezas de la lite-

ratura cubana y dominicana en autores como Silvestre de Balboa, Cirilo Villaverde, Manuel de Jesús Galván, José Martí, Juan Bosch, Marrero Aristy, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier y tantos otros. Además, nos iluminó el panorama desconocido para casi todos de la literatura brasileña. En su curso de un año privilegiaba los autores enraizados en la realidad nacional y regional, siguiendo de cerca a Gilberto Freyre. Tenía preferencia por los novelistas como José de Alencar (*Iracema*), Lins do Rego (*Menino de engenho*), Graciliano Ramos (*Vidas secas*) y Jorge Amado (*Gabriela, crabo e canela*); pero también nos familiarizó con la sutileza y la ironía del mulato Machado de Assis (*Dom Casmurro*), narrador urbano de Río de Janeiro y uno de los grandes novelistas del siglo XIX en cualquier literatura. Su clase era también de literatura comparada ya que establecía paralelismos entre la literatura brasileña y la hispanoamericana: *Facundo* de Sarmiento y *Os sertoes* de Euclides Da Cunha, *Vidas secas* de Graciliano Ramos y *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, la poesía de Palés Matos y la del nortentino Jorge de Lima. Cuando se retiró como profesor me encomendó que siguiera yo el curso y me ofreció sus libros y su ayuda. Así lo hice, enriqueciéndolo con autores más recientes. Posteriormente, cuando aceptó la dirección del Departamento fui su ayudante.

Otro profesor inolvidable es don Manuel de la Puebla, nacido en España, criado en la Argentina y aplanado aquí en Puerto Rico, país que le debe muchísimo. Tomé con él seis créditos de literatura argentina y seis créditos de literatura gauchesca. Recuerdo que en una ocasión me pidió que lo sustituyera en una clase y que presentara el estudio que había hecho de *Abadón el exterminador* de Ernesto Sábato. Pero hay otra cosa que siempre le agradeceré. Durante el primer semestre de literatura gauchesca me sugirió que analizara el libro de cuentos *La Guerra Gaucha* de Leopoldo Lugones a la luz de su libro de ensayos *El payador*. Así lo hice y para el segundo semestre me pidió que estudiara el poemario *Romances del Río Seco* del mismo autor y que uniera los dos trabajos en uno más extenso que se titulara “El gaucho en la obra de Leopoldo Lugones”. Cuando se lo entregué me dijo: “Este año se conmemora el centenario de Lugones y estoy organizando, con el consulado argentino, un acto en el Ateneo Puertorriqueño para celebrar la fecha. Yo quiero que usted sea el orador principal

y que lea una síntesis de su trabajo.” Además, llevó el trabajo completo a la dirección de la revista *La Torre* y allí fue publicado. Siempre le agradeceré ese gesto.

También tengo mucho que agradecerle a mis profesores Ángel Luis Morales y Benjamín Martínez. El primero, muy serio y estricto, fumador empedernido, me ofreció dos cursos para mí fundamentales: La novela hispanoamericana y La novela mexicana. Recuerdo que nos hizo leer en el mismo semestre: *El Periquillo Sarmiento*, *Amalia* de José Mármol, *Cecilia Valdés* y *Enriquillo*, novelas extensas de más de cuatrocientas páginas; aparte de las otras de extensión normal como *María* de Isaacs, *Cumandá* de Juan León Mera y *Sin rumbo* de Eugenio Cambaceres. Al final de su vida como profesor, mientras desempeñaba la dirección del Departamento, se quedó ciego y me pidió que fuera su ayudante. “Vas a ser mis ojos”, me dijo, “Tendrás que leerme hasta las cartas y los informes, pero podemos hacer un buen equipo.” Acepté. Me sentí halagado por su confianza y trabajamos así durante un año. Hicimos una buena amistad y luego que se jubiló, lo visitaba en su casa. Tenía una extensísima biblioteca que irónicamente había acumulado durante toda su vida, pero que ya no podía leer. Sé que Mercedes López Baralt y Edith Faría también lo visitaban. Cuando murió, tuve el honor de despedirlo en la rotonda bajo la torre.

Quien le recomendó que me escogiera como ayudante fue mi mentor Benjamín Martínez, el padre de la profesora Yolanda Martínez San Miguel, a quien conozco desde que caminaba descalza con un dedito en la boca y un pañito en la otra mano. Benjamín y su esposa Yolanda San Miguel me abrieron las puertas de su casa cuando él me dirigía mi tesis de Maestría. El tema surgió del curso que él ofrecía de novela chilena. Era especialista en el tema y había presentado en España una tesis muy buena, luego publicada como libro, sobre las novelas de Eduardo Barrios. Yo di un informe sobre una obra de un compañero de generación a quien Barrios apodó “El Hermano Errante”, Augusto Thomson, mejor conocido como Augusto D’Halmar. La novela se titula *Pasión y muerte del cura Deusto*. Al profesor Martínez le gustó el informe y me sugirió que hiciera mi tesis sobre esta novela, ubicándola en su momento y en la producción total de D’Halmar. El estaba dispuesto a dirigir la tesis, así que acogí con gusto su sugerencia. Fue

mi tesis de Maestría que luego publicó la editorial universitaria bajo el título: *Augusto D'Halmar: novelista. Estudio de Pasión y muerte del cura Deusto*. Fue mi primer libro y recibió buena crítica aquí, en Chile y en los Estados Unidos; hasta tuve el dudoso honor de que una muy reconocida crítica argentina lo plagia en un artículo más de 20 años después.

El Dr. Benjamín Martínez era un excelente director de tesis. Insuflaba entusiasmo, leía con sentido crítico, hacía muy buenas recomendaciones y era muy respetuoso de los puntos de vista y las opiniones del estudiante. También lo escogí para dirigir mi tesis doctoral sobre la novela centroamericana publicada luego por la Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Se jubiló para literalmente cultivar su jardín. Le encantaba la jardinería y la agricultura. Cuando fui Director del Departamento lo traté de reclutar para que ofreciera de nuevo el curso de novela chilena. Me lo agradeció mucho, pero me sugirió que lo diera yo y contara con su ayuda.

Otro profesor de excelencia fue el Dr. Mariano Feliciano. Enseñaba principalmente cursos de literatura española del siglo XX. No obstante, su tesis doctoral, publicada luego como libro, fue un estudio pionero sobre los cuentos de Horacio Quiroga. Precisamente tome con él el curso que ofrecía sobre este fundamental narrador uruguayo. Aprendí mucho, no solo sobre Quiroga, sino sobre el cuento como género y su análisis inteligente y riguroso. Recuerdo que éramos pocos y nos sentábamos alrededor de una larga mesa en el Seminario Federico de Onís. Mariano con voz suave y pausada nos guiaba a través de las sutilezas de Quiroga como cuentista, destacando la variedad de sus relatos y sus sorprendentes anticipaciones. Estimulaba mucho la participación y como culminación del curso organizó un panel donde expusimos públicamente nuestros mejores trabajos que luego fueron publicados en la *Revista de Estudios Hispánicos*.

Debo añadir que, cuando ya había terminado mis créditos para terminar la maestría me enteré de que la Dra. Margot Arce, quien ya se había jubilado, regresaría para ofrecer un solo curso sobre la poesía de Góngora. En aquel momento no me interesaba particularmente la poesía barroca española, pero quería tener la oportunidad de ser discípulo de esta gran figura a quien admiraba. Con ella aprendí mu-

chísimo, no solo sobre Góngora, sino sobre el barroco, sobre la España de la época y sobre la aplicación efectiva y flexible de la crítica estilística, superando sus limitaciones. También le agradezco todo lo que aprendí de ella como maestra, y su afecto y su calidad humana. Varios años después, en la presentación de mi libro *La novela centroamericana* en el Centro de Estudios Avanzados apareció sorpresivamente con su discípulo José Ferrer Canales para apoyarme y felicitar-me. Para mí fue una gran sorpresa; me sentí muy feliz y muy honrado y nunca olvidaré ese gesto de ambos.

Capítulo aparte, que merecería otra exposición, es la presencia de grandes escritores que tuve la ocasión de conocer como profesor y administrador. El primer comité al cual pertencí fue el de la Fiesta de la Lengua. Me parece que allí fue que conocí a las colegas Luce y Mercedes López Baralt. Comenzó entonces una firme amistad que perdura hasta hoy. Uno de los primeros invitados que atendimos fue el poeta, sacerdote y revolucionario Ernesto Cardenal, quien me impresionó mucho por su sencillez y su autenticidad. En su presentación en el Teatro de la Universidad casi no habló sobre él, sino sobre otros poetas nicaragüenses menos conocidos, que él consideraba más valiosos. También recuerdo al antipoeta chileno, recientemente fallecido, Nicanor Parra. Muy sencillo también, se presentó en el Teatro con una simple camisa blanca de mangas cortas, y expresó que se sentía anonadado por la grandeza del lugar como si estuviera en un inmenso sarcófago. Era irónico, pero no ofensivo. La ironía no iba contra la persona. Se percibía más bien como una condición existencial que se canalizaba a través de una especie de humor negro. Ese día en la mañana me tocó buscarlo a la habitación del hotel del Centro de Estudiantes y llevarlo al Teatro. Cuando me abrió la puerta le di los buenos días y le pregunté cómo había pasado la noche. “Bastante bien”, me contestó, “pero tengo una sugerencia para la administración del hotel: que pinten las paredes de blanco.” “¿Le gusta el blanco?”, le pregunté. “No”, me contestó, “es que con las paredes de gris no se ven los mosquitos. Hay que ver al enemigo para poder atacarlo.” “Es que no lo conocen”, le dije. “Esta noche podrá dormir mejor.”

Borges también tenía su estilo particular de decir las cosas. Tuve la oportunidad de platicar con él por un buen rato cuando vino a

Puerto Rico invitado por la Facultad de Humanidades. Yo era Director del Departamento y lo dejaron en mi oficina para que yo lo atendiera y luego lo llevara al Teatro. Ya estaba ciego, pero llegó muy relajado y sonriente. Le di los buenos día y me presenté: “Ramón Luis Acevedo, mucho gusto.” “¡Acevedo! Sabe usted, Acevedo era el apellido de mi madre. ¿Y sabe usted de dónde nos viene ese apellido?” “Tengo una idea”, le dije. “Usted y yo somos descendientes de marranos portugueses”, me dijo. “Y a mucha honra”, le repliqué. Se refería al posible origen judío del apellido, muy frecuente en Portugal, donde se escribe con Zeta. A partir de ahí seguimos hablando cordialmente sobre sus ancestros, uno de sus temas preferidos.

Podría hablar durante toda la mañana sobre mis recuerdos de Estudios Hispánicos. Falta un capítulo sobre los colegas que no han sido mis maestros, pero de los cuales he aprendido muchísimo, como Luce y Mercedes, José Luis Vega, Federico Acevedo y tantos otros. Mención especial merecen los colegas que han sido mis estudiantes y de los cuales ahora aprendo como María Teresa Narváez, Emilio Báez, Nivea de Lourdes Torres Hernández y María Luisa Lugo. También he aprendido mucho de mis estudiantes, especialmente como Director de Tesis —más de 50 ya— y como Lector de Tesis —mas de un centenar—.

En fin, pertenecer al Departamento de Estudios Hispánicos como estudiante y profesor ha sido una de las mejores cosas que me ha ocurrido en la vida. Siento que ha sido un privilegio y una larga experiencia enormemente enriquecedora. Espero que esta institución a la cual he estado ligado por tantos años supere las dificultades e injusticias actuales y pueda cumplir, por lo menos, 90 años más.